

ablandando el rigor, y moderando, para que mejor fuese recibida. Compuso, y reformò el Oficio Eclesiastico de la Misa, y de las otras horas, para que en toda España se rezasse de vna manera, y hizo Missal, y Breviario, y que por su nombre se llamó de San Isidoro, y despues Toledano: porq̄ fue aprobado en vn Concilio Toledano y tãbiẽ se llamó aquel oficio, Moçarabe, por aver vsado de él los Christianos que vivian entre los Moros, y por esto los llamavan Moçarabes, ó mixti Arabes, porque estavan mezclados entre los Arabes, y Moros: Y oy dia ay algunas Parroquias en la Ciudad de Toledo, que algunos dias del año vñan deste Oficio de San Isidoro: y en la Santa Iglesia de Toledo la Capilla de los Moçarabes, con doze Capellanes fundada por Don Francisco Ximenez de Cisneros, Arçobispo de Toledo, y Cardenal de España.

Mas porque San Isidoro entendió, que la traza, y fundamento de todo lo bueno que se quiere edificar en la republica, es la institucion de la juventud, y criar los hijos desde su tierna edad en virtud, y letras, quando están blandos, y se puede imprimir en ellos, como en vna cera qualquiera cosa, edificó algunos Colegios, en que se enseñassen los moços, no solamente de su Arçobispado, sino tambien otros de toda España, que à ellos quisiesen venir, como venian muchos; y el Santo Prelado los repartia en los Colegios, y les dava preceptos, y les ordenava lo que avian de aprender, y el mismo tenia sus horas para enseñarles las cosas mas altas, como maestro, y superintendente de todos: Tanto era su zelo, y su caridad. Y desta escuela salieron varones muy insignes, y entre ellos S. Ildefonso, y S. Braulo como diximos.

Presidió en el quarto Concilio Toledano, y en el segundo Hispalense, en los quales fue de gran peso el parecer de San Isidoro para establecer los dogmas de nuestra Santa Fè, y deshazer los errores contrarios, y para la reformacion de la vida, y costumbres de los fieles. Y en el Concilio Hispalense convenció à vn Obispo Syro de nacion, que se llamava Gregorio, y estava inficionado de la heregia de los Aceso, el qual reconoció sus errores, y los confesó, y se reduxo à la Fè Catolica por la doctrina, y prudencia de San Isido-

ro del qual dizen algunos que fue à Roma llamado de San Gregorio Papa (que en Constantinopla avia tenido muy estrecha amistad con San Leandro su hermano, y dedicadole el maravilloso libro de los morales, que escrivió sobre Iob) y que fue recibido con grande contento, y alegria de toda la Corte, y Ciudad, y que bolviendo à España alcançò de Nuestro Señor lluvia del Cielo para la tierra que estava seca, y consuelo para toda la gente afligida.

Fue devotissimo San Isidoro de la santa Silla Apostolica, y Romana, reconociendola por madre, y maestra de todas las Iglesias, y por puerto seguro de la Fè Catolica, à la qual se deben acoger los fieles en todas las borrascas y tempestades: y assi en vna carta que escrivió à Eugenio Arçobispo de Toledo, que le avia preguntado si todos los Apostoles avian tenido igual potestad de Christo, le responde estas palabras: *En lo que preguntais de la igualdad de los Apostoles, oir es superior à todos, el qual mereció oir del Señor. Tu serás llamado Cefas, tu eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia: y no de otro sino del mismo Hijo de Dios, y de la Virgen, recibí el primero la honra del Pontificado en la Iglesia de Christo, y despues de la Resurreccion del Hijo de Dios mereció oir: Apacienta mis corderos; entendiendo por corderos à los Prelados de las Iglesias. Y aunque la dignidad desta potestad se ensiende à todos los Obispos Catolicos, toda via con un privilegio, y gracia singular, es propia del Pontifice Romano, como cabeza de toda la Iglesia, y mas excelente, que sus miembros la qual durará siempre; y assi el que no la obedece con reverencia, apartado de su cabeza, queda sin espíritu, y vigor, como hombre sin cabeza.* Governò San Isidoro quarenta años en su Iglesia Santissimamente, y lleno ya de santas obras, y merecimientos, entendiendo que se acercava el tiempo en que Dios le queria llevar para su puesto caso que toda su vida avia sido vna continua meditacion, y aparejo para la muerte; tomó seis meses para aparejarse mejor à ella, y darse con mas fervor à la oracion, y obras de misericordia, y penitencia: y al cabo, aviendo hecho llamar à dos Obispo amigos suyos, Eparcio, y Juan, se hizo llevar à la Iglesia de San Vi-

LA VIDA DE SAN VICENTE Ferrer, Confessor de la Orden de Santo Domingo.

EL Glorioso San Vicente Ferrer, de la Orden de Predicadores, y luz, y espejo de Predicadores, gloria de toda España, ornamento de su patria, y varon Apostolico, nació en la nobilissima Ciudad de Valencia, y cabeça de aquel Reyno, de padres nobles, segun la carne, de la antigua familia de los Ferreres, pero mucho mas illustres por sus Christianas, y loables costumbres; por que entre las otras muchas virtudes que tuvieron eran muy benignos, y misericordiosos, y al cabo del año davan à los pobres todo lo que les sobrava de su honesto sustento. Su padre se llamava Guillermo Ferrer, y su madre Constançia Miguel. Tuvieron estos Cavalleros tres hijos, el mayor se llamó Pedro, que fue casado, y vivió en el matrimonio virtuoso, el segundo fue Bonifacio, el qual fue gran Iurista, y tambien tomó muger, y ella muerta entró en la Orden de la Cartuxa, y por sus grandes merecimientos vino à ser prior General de aquella sagrada Religion. El tercero fue nuestro San Vicente, escogido de Dios para honra de su casa, y gloria, y exaltacion de Iesu-Christo, y bien de toda su santa Iglesia. Esto es lo q̄ comunmente se escribe, y está recibido; aunque el Padre Francisco Diago, de la Orden de los Predicadores, en la vida que escribe de San Vicente, dize, q̄ fue de mas edad que su hermano Bonifacio, y que sus padres tuvieron quatro hijos, y quatro hijas, estando el hilo de nuestra historia, estando su madre preñada de S. Vicente huvo grandes señales de que avia de parir vn niño, que seria de la Orden de Santo Domingo, y con su predicaciõ alibraria el mundo: porque su padre tuvo en sueños revelacion desto; y su madre, de más que no sentia pesadumbre en el preñado de Vicente, como la avia tenido en el de los otros hijos, oyó algunas vezes ladridos como de algun perrillo dentro de sus entrañas; y comunicando esto con el Arçobispo de Valencia, que era deudo suyo, le dixo, que sin duda pariria vn hijo, que seria gran Predicador, y Pregonero de Iesu-Christo, que con sus ladridos espantaria los lobos de su ganado; como ta-

A 5. DE ABRIL.

cente, y cubiertas sus carnes de filicio, y de ceniza, con grande humildad, devocion y reverencia, recibió de mano de los Obispos el cuerpo, y sangre del Señor, postrado en el suelo, pidiendo à todos los presentes, y ausentes perdon, si alguno huviesse ofendido, y encomendando à todos el amor fraternal, y la caridad: avisóles, y profetizóles, que si se apartavan de la ley santa del Señor, y de la doctrina Evangelica que avian recibido, caerian de la cumbre de aquella fecilidad en que estava en vn abismo de gravissimas calamidades, y miserias, pero que si fuesen reconvertidos, y llo-rassen sus pecados, y hiziesen penitencia dellos, Dios los levantaria à mayor estado y felicidad, y los haria mas gloriosos que à otras muchas naciones. Lo qual vemos cumplido en la destruycion de España por los Moros, y en su reparacion, é Imperio, que despues de averlos vencido, y echado de su Reyno, el Señor le ha concedido. Finalmente aviedo repartido todo lo que tenia à los pobres, pobre él de espíritu, y rico en Christo, dió su espíritu el Señor à los quatro de Abrijel del año de seiscientos y treinta y seis, y el primero de el Reynado en España de Cintila, y siendo Emperador Heraclio. Su cuerpo fue sepultado en Sevilla, y aviendo se apoderado los Moros de aquella Ciudad, Fernando Primero Rey de Castilla, y Leon, con grandes ruegos, y dadas alcançò de Benabero Moro Rey de Sevilla, que le diese el cuerpo de San Isidoro, y le llevó à Leon, y le colocó en vn Templo sumptuoso de su nombre, que para este efecto avia edificado, donde al presente está en vna arca de oro con la decencia, y reverencia que conviene. Obró Dios muchos milagros por San Isidoro en vida y en muerte; y en las guerras que los Christianos hizieron contra los moros, invocando su favor, fueron socorridos, y ayudados, y toda España ha recibido notables beneficios por su santidad, Doctrina, y particular patrocinio.

Ioan. Mariã de rebus. Hisp. lib. 6. cap. 7.

Bar. to. 8. pag. 304.

En la to. ma de Toledo y Baeza.

Bar. in annot. Mart. 4. Api. 8. pag. 1340.

Hazen mencion de San Isidoro San Ildefonso, y San Braulo, sus discipulos los Martirologios Romano, y de Vñuardo, Tritemio, y el Cardenal Baronio en las anotaciones del Martirologio y en el octavo tomo de sus Anales,

bien se lee del glorioso Patriarca Santo Domingo. Despues que nació, llevandole á bautizar, hubo gran contienda entre los parientes sobre el nombre que se le avia de poner al niño. El Sacerdote, Ministro de aquel Sacramento, viendo que no concordavan, dixo, que él le queria poner el nombre, y que se llamasse Vicente, y todos lo tuvieron por bien, aunque no aviz ninguno de tal nombre en su familia. Crióle á sus pechos su misma madre con gran cuidado. Desde su niñez fue muy agraciado, y tan agradable, que todos los que le miravan se aficionavan. Començó á aprender las primeras letras, y de edad de diez años se avérajaba, y sabia mas que todos los otros que andavan con él á las Escuelas; y como quise enseñava para lo que despues avia de ser, algunas vezes juntava otros muchos muchachos sus cópañeros, y deziales: Oídme niños, y juzgad si soy buen Predicador; y haciendo la señal de la Cruz en la frente, referia algunas razones de las que avia oído á Predicadores en Valencia, imitando la voz, y los meneos dellos, tan vivamente, que dexava admirados á los que le oían. Estudió Gramatica, y Logica en breve tiempo, y pasó á la Teologia, y con su agudo ingenio, y feliz memoria, y perseverancia en los estudios, alcançó gran ciencia, y tanta opinion en la Ciudad de Valencia, que no avia ninguno de su edad en ella, que se le igualasse. No por esto el se ensobervecia, antes era humilissimo, y obedientissimo á sus padres, devoto, y amigo de oracion, y de ir á las Iglesias. Quando en los Sermones oia nombrar á la Sacratissima Virgen Maria nuestra Señora, se regalava, y regocijaba mucho; y quando se tratava de la Passion de nuestro Señor, se enternecia, y y resolvía en lagrimas. Ayunava dos vezes cada semana, la vna dellas, que era el Viernes, á pan, y agua. Iba creciendo cada dia de virtud en virtud, y por esto, y por su buena, y amable condicion, era muy amado de todos. Pero en llegando á edad de diez y ocho años, considerando la vanidad, mutabilidad, y peligros de las cosas del mundo, y los laços que el demonio tiene armados en todas ellas, determinó darle libelo de repudio, y abraçarse cō Iesu-Christo crucificado, y tomar el Habito del glorioso Santo Domingo; y assi lo declaró á sus padres, y ellos vinieron en ello, por-

que eran siervos de Dios, y le acordavan de las prendas que el Señor les avia dado de averle escogido para Ministro fuyo, y lustre y gloria de aquella sagrada Religion. Recibieronle en Valencia el Prior, y Frayles del Convento de Predicadores, con extraordinario contento, y alegría, como quien adivinava lo que aquel moço avia de ser. Dieronle el habito, y él le tomó cō estraña devocion, y ternura, como quien sabia lo que tomava, y el refoto inestimable que está escondido debaxo del pobre habito de la Religion. En viendose Frayle, luego se puso á leer con atencion la vida de su Padre Santo Domingo, por tomarle por dechado, é imitarle en todo lo que él pudieffe. Ocupavase en todas las obras de humildad macerava su carne con ayunos, y penitencias; davafe todo el tiempo que podia á la oracion, assitia al Coro con gran cuidado, y obedecia á sus Superiores prompta, y puntualmente; era raro su silencio, su modestia, afabilidad, y madurez, finalmente su vida era vn perfecto retrato de la vida Religiosa. Acabado su noviciado, le encomendaron los Superiores que leyessse vn curso de Logica á algunos Religiosos del Convento, y á los que venian de fuera á oírle, que eran ferentazy él lo hizo escogidamente, y cō tan rara modestia, y virtud, que los discipulos mirandola quedavan mas aprovechados en el temor de Dios por su exemplo, que en la ciencia que del oían, aunque esto era mucho. Despues le embieron á los Conventos de Barcelona, y de Lerida, donde avia famosos Letrados de la Orden, para que tratasse con ellos, y apredisse de tan excelentes maestros todas las buenas letras, dignas de tan gran capacidad é ingenio; y él se dió tanta priessa á estudiar, que quando llegó á edad de veinte y ocho años, le graduó de Maestro en Teologia en la Vniversidad de Lerida. La manera de su estudio era mezclando la oracion con la leccion, en la forma que él mismo enseña que se debe hazer, por estas palabras *Ninguno, por excelente, y agudo ingenio que sea, ha de dexar lo que le puede mover á devocion; antes ha de referir á Iesu-Christo todo lo que lee, y aprende, hablando con él, y escuchándole, y pidiendo la declaracion de lo que lee. Quando actualmente está leyendo en algun libro, aparte muchas vezes los ojos del, y cerrandolos, metase en las Llagas de Iesu-Christo, y hecho esto,*

esto, vuelva á seguir su leccion. Quando se dexa de estudiar, pongase de rodillas, y embie al Cielo alguna breve, y encendida oracion, segun el impetu de su espíritu le enseñare; en la qual con gemidos, y suspiros, que salgan del fervor del alma pida favor á Dios, desubriendole sus deseos. P. assado aquel movimiento de espíritu, que comunmente dura poco, puedes hegmano encomendar á la memoria lo que poco antes leíste, y Dios te dará mas claro conocimiento dello. Luego torna al estudio, y del estudio vuelve á la oracion, yendo, y tornando por sus vezes de lo vno á lo otro; porq̄ con estas mudanças, y variedad, hallarás mas devocion en la oracion, y en el estudio mas claridad. Todas estas son palabras de San Vicente, en el tratado de la Vida espiritual, cap. 12.

Bolvió á Valencia, donde fue recibido con grande regocijo de toda la Ciudad, y á ruego della començó á predicar la palabra de Dios, en que gastó seis años, con grandissimo aprovechamiento del pueblo, y autoridad suya, y de su Religion, porque en toda Valencia á él solo llamavá el docto, el santo, y siervo fidelissimo de Iesu-Christo; y él lo era tan de veras, que en sus Sermones nunca fe buscava á si, ni el aplauso, y obra popular, sino solo la gloria del Señor, y el bien de las almas que él avia comprado con su preciosa Sangre; y su blanco era, no deleitar, ni entreteñer, ni mover á admiracion los oyentes, sino quebrantar los coraçones duros, y compungirlos, é inflamarlos en el amor de Dios.

Temiendo el enenigo del linage humano la vida santa, y la predicacion tan fervorosa, y provechosa de San Vicente, y entendiendo los daños que della se le podian seguir, determinó derribarle, si pudieffe, y hazer caer en algun pecado grave, é infame pera que perdiendo á Dios, y el buen credito que tenia, no pudieffe levantar á los pecadores, ni dar la mano á los caidos. Para esto, estando el Santo, acabados los Maytines, haziendo oracion vna noche delante de vna Imagen de nuestra Señora, y suplicandole asuavosamente, que le alcançasse de su benditissimo Hijo el don de perseverancia; se le apareció el demonio en figura de vn venerable viejo Ermitaño, con vna barba negra, que llegava á la rodilla. Parecia en su aspecto vn San Antonio Abad, ó vn San Pablo primer Ermitaño, ó vno de aquellos Santos Monges, que con

estramada aspereza, y admiracion del mundo vivieron en el yermo; y dixole, que él avia morado en Egipto entre aquellos Padres, y hecho rigurosa penitencia; pero que le hazia saber, que en su mocedad avia sido muy desenfrenado, y disoluto; y solrado la ricnda á todos sus gustos, y apetitos sensuales, y que despues tocado de la mano de Dios avia buuelto en si, y convertidose, y hecho penitencia de sus pecados, y que el Señor por su clemencia le avia perdonado, y dadole perfeverancia, y despues el premio de; la vida eterna. Que le aconsejaba que no se matasse, ni affligieffe tanto cō los ayunos, y penitencias como hazia sino que dexasse aquello para la vejez, y que mientras era moço se holgasse, y se entreteñieffe en los gustos desta vida, porque despues podría convertirse á Dios, y llorar sus pecados, y alcançar misericordia dellos, como él lo avia alcançado; porque le hazia saber, que el hombre es tan flaco, y trae consigo vn enemigo tan domestico, que es imposible que no cayga con los vicios sensuales en la mocedad, ó en la vejez; y que es menos mal, que siendo moço viva como moço, que no siendo viejo cayga en los vicios de la mocedad.

Entendió el Santo, que aquel no era Ermitaño venido del Cielo para alumbrale, sino demonio con mascara de Ermitaño venido del infierno para engañarle, y haziendo la señal de la Cruz, y encomendandose á nuestra Señora, le rechazó, y le dixo: O antigua serpiente, piensas que no te conozco? Creiste que podias derribar el nuevo Soldado, que está armado con la virtud de Christo, cuyo soy, y á quien he cōsagrado mi mocedad, y mi vejez, y toda mi vida? Con estas palabras desapareció aquel monstruo, dexando vn abominable hedor de si, para ser mas conocido.

Otra noche tambien estando orando delante de vn Crucifixo, se le puso delante el demonio en figura de vn negro de Etiopia, grandissimo, y feissimo, y le dixo: No te dexaré de perseguir, hasta que caygas torpemente, y quedes vencido, y corrido. Respondió el Soldado valeroso del Señor. No temeré tus amenazas, ó enemigo, mientras que Iesu-Christo estuviere conmigo. replicóle el demonio: No estará siempre cōtigo, que no ay cosa mas dificultosa, que perseverar en gracia hasta la muerte; y assi, quan-

quando tu Christo te dextere, yo te hare conocer mis fuerças. A esto respondió el Santo: Mi Señor Dios, que me ha dado gracia para començar, me dará para preferir en su servicio.

Otra vez leyendo el libro amirable que escribió San Geronymo, de la perpetua virginidad de la Sacratissima Virgen Maria Nuestra Señora, y suplicando á la misma Virgen, que le fuesse buena Medianera con su preciosissimo Hijo, y le alcançasse gracia para morir virgen, como por su gracia hasta aquel punto lo estava; oyó vna voz, que le dixo: No dá Dios á todos esta gracia de la virginidad, ni tampoco tu la alcançarás, antes la perderás muy presto. Affligióse el Santo sobremanera, oyendo tan tristes nuevas, y con el corazón angustiado, y los ojos llorosos, bolvióse á la misma Virgen, suplicandola que le consolasse, y le descubrieste quien avia sido el autor de aquellas palabras lastimeras. Aparecióle entonces la Reyna de los Angeles con mucha gloria, y avisóle que todas aquellas era afechanças del enemigo, que hazia su oficio, y que no le temiesse, porque ella le avia tomado debaxo de su amparo, y protecció, y le favoreceria hasta la muerte, sin que las puertas infernales le pudiesen empecer, ni quitar lo que tanto deseava: y con este regalo, y favor de la Virgen quedó San Vicente muy consolado. Mas como el demonio vió que por si mismo en tantos combates, y peleas no le avia podido vencer, ni derribar, pensó poderlo hazer mas fácilmente por medio de algunas mugeres perdidas, para que picando, como en cervo, en las blanduras, y caricias con que ellas suelen enganar, tragasse el anquelo, y quedasse cogido. Era San Vicente muy agraciado, y de gentil disposicion, y no menos honesto, y puro en sus costumbres, y en Valencia avia vna muger noble, y hermosa, la qual instigada del demonio, se aficionó sobremanera al Santo, y començó á visitarle, y á tratar las cosas de su alma con él, para ablandarle poco á poco, y tentar el vado, y por aquel camino entrar diffimuladamente en su corazón. Fue continuando algunos dias en este trato, y el Santo, como era tan puro de alma, y cuerpo, y tan afable, y caritativo, juzgando que aquella era devocion de la piadosa muger, que se queria aprovechar de sus consejos para servir mas á Dios, pas-

só por ello. Como la desventurada muger no halló entrada por este camino, ciega, y loca con su passion, fingió que estava enferma de vna grave dolencia, y embió á llamar á S. Vicente, con achaque de quererse confesar con él: y estando ella en la cama, y á solas con el Santo, como quien la queria confesar, le descubrió su mal intento, y la causa por que le avia mandado llamar, declarandole el incendio que abrasava sus entrañas, y que si él no la socorria, y le apagava consintiendo á su voluntad, ella se consumiría, y se tornaria ceniza, ó se mataria con sus propias manos; y diziendole esto, hizo otras cosas abominables, para provocarle mas. Quedó el Santo affombrado quando oyó los silvos de aquella Serpiente infernal, y vió el laço que por ella le avia armado el demonio, y bolvió el corazón, y los ojos al Señor, suplicándole que le librasse dél; y conortado, y fortalecido con su espíritu, reprehendió gravemente á la miserable muger, ascándole su desvergüenza, y ofadía, y exortandola á penitencia, y dandole á entender, que él avia dedicado la limpieza de su alma, y cuerpo á Dios, y que antes padeceria mil muertes, que ofenderle; y con esto se desahió della, y se partió. Mas aquella llama de Satanás, viendo que no le avia salido su mal intento como pensava, començó á dar voces para infamar al Santo, y publicar que la avia querido hazer fuerça. Pero el Señor, que tiene cuidado de sus siervos, permitió, que el demonio, que primero avia entrado en su alma, entrasse luego en su cuerpo, y la atormentasse. Los criados, y la gente de casa que estavan aguardado afuera, oyendo las voces de su ama, acudieron á la cama donde estava, para saber la causa, y hallaron que estava endemoniada; llamaron Sacerdotes, y Exorcistas, que con las ceremonias de la Santa Iglesia echassen al demonio de aquel cuerpo, y no pudieron. Porque todas las vezes que le conjuravan, respondia el demonio, que no saldria de aquel cuerpo, hasta que viniesse á echarle dél, aquel que estando en el fuego, no pudo ser quemado. Y aunque no entendieró lo que el demonio queria dezir: pero pensando que San Vicente avia confesado á aquella señora, y que despues de la confesion el enemigo se avia apoderado de ella, rogaron al Santo que viniesse á verla, y

él lo hizo, armandose primero con la oracion, y confiança en Dios, por no descubrir la maldad de aquella muger, si se escusara, ó dar á la gente que sospechar. Entrando en el aposento donde la muger estava, el demonio dió vn grande alarido, y dixo: Este es el hombre, que no se quemó enmedio de las llamas, ya no puedo estar mas aqui: y diziendo esto se partió, dexando medio muerta la muger.

No se fosegò, ni quedò confuso desta vez el demonio, porque es bestia inquieta, y furiosa; antes buscò otra nueva manera para armar nuevo lazo, y enredar al Santo por medio de algunos hombres defalmados, y ministros suyos, que ó por probar la virtud del Santo, ó por ventura, porque en el pulpito reprehendia sus deshonestidades, y traíscal de su rota vida, se concertaron con vna muger no menos lasciva que hermosa, para que vna noche estando San Vicente en la Iglesia, haziendo oracion, la muger secretamente entrasse en su celda, y se echasse en la camilla donde él solia reposar. Ella lo hizo, y ella lo halló tendida bolviendo de la Iglesia, y quando la vió, creyendo que no era muger, sino demonio en figura de muger, que le venia á enganar, con grande enojo le dixo: Que hazes aqui demonio maldito? Porque te has transformado en muger para tórtarme como sueles hazer con los siervos de Dios: Entonces la muger, ó por mejor dezir, el demonio en la muger, le declaró que era, y á lo que avia venido, diziendole palabras amorosas, y llegando se blandamente á él, procurava provocarle á mal. Pero él la reprehendió tan asperamente, que ella se compungió, y prometió de emendar su vida, declarado los autores de aquella maldad, y lo que le avia prometido, si le hiziesse caer en deshonestidad. Y despues salió de la torpeza en que vivia, y se casó, y vivió honestamente, y publicó lo que le avia pasado con San Vicente, aunque él la avia mandado que lo callasse, por no infamar á los que la avian inducido á tanta gran maldad. Adonde no llega la malicia del demonio, y la desvergüenza, y desatino de vna muger apassionada, y embriagada del vino del amor? Y en que abismo de abominaciones está sumido, y como anegado el corazón humano, quando se aparta de Dios? Pues vemos en estos exem-

plos el lazo que el demonio armó á S. Vicente por medio de vna muger ciega por la passion, y sin freno de vergüenza; y que los hombres que la avian de reprimir, incitaron á otra para que le hiziesse caer, y perdida la castidad no pudiesse reprehender sus torpezas, y deshonestidades. Mas tambien vemos en estos mismos exemplos, quanto mas puede el alma del siervo de Dios, armada con su gracia, que todos los embustes de los hombres, y astucias, y ardidés de Satanás. Otras vezes assimismo le asaltò, para afezar la limpieza de su alma, y escurecer la gloria con que en los ojos de la gente resplandecia. Mas todas sus maquinias, y ardidés salieron vanos, porque el Señor le tenia debaxo de su sombra, y le amparava, y él se guardava con gran recato de todas las ocasiones de tratar con mugeres, sino era para cosas de su alma, sabiendo los daños irreparables que por ellas han venido al mundo. Y cò aver tenido tantas, y tan illustres victorias de la deshonestidad, como avemos referido, no por esto fe tenia por seguro, antes estava mas temeroso, y cauto, procurado no solamente ser limpio en el alma, y cuerpo, sino que todas sus cosas olicessen á castidad. Treinta años estuvo sin ver cosa de su cuerpo, ni aun los dedos de los pies, sino eran solas las manos. Quando avia de mudar la tunica de lana que traia sobre sus carnes, se entrava en algun lugar obscuro por no verse desnudo. Por la calle iba con los sentidos tan recogidos, especialmente los ojos, y tan dentro de si, y tan compuesto que solo el verle componia, y edificava á los que le miravan.

Pero bolvamos á Valencia, y á lo que San Vicente en ella, y en otras partes del mundo hizo con su admirable predicación. Estando en Valencia esta vez, vino á ella D. Pedro de Luna, Cardenal de la S. Iglesia de Roma, que despues en tiempo de vn scisma, se llamó Papa, y Benedicto XIII. y rogó á San Vicente, que le acompañasse en vna embaxada, que iba á hazer á Francia, y el Santo le acompañó; y acabada aquella jornada, dixo el Cardenal (que le deseava llevar consigo) y se bolvió á Valencia, y continuó su oficio de predicar. Lo qual hizo, no solamente en aquella Ciudad, y Reyno, sino tambien en los otros Reynos de toda España, y en Francia, Inglaterra, Egipto, Irlanda, Piamòre, Lombardia, y buena parte

te de Italia, con tan extraordinario, y maravilloso fruto de las almas que no se puede con pocas palabras dezir, y apenas creer. En España convirtió á la Fé de Christo Nuestro Señor con sus Sermones, mas de veinte y cinco mil Judios, y diez y ocho mil Moros de los que en aquel tiempo vivian en ella: y para convertirlos, algunas vezes estando predicando, tenia revelaci6n de Dios que avian de venir á oírle, y él se entretenia, y parava, como atrobado en el pulpito, haciendo tiempo, y aguardádoslos, estando todo el auditorio maravillado, por que no sabia la causa de aquel silencio, y suspensión.

Otras vezes le inspirava Dios lo que avia de dezir á proposito de convencerlos, y reprobar sus malas Sectas, le hacia predicar lo que antes no avia pensado. Pues, qué diré de los vicios, y pecados publicos que desarraig6 de la Republica? Qué de las cosas de mugeres infames que quit6? De las vsuras, de los tablages, de las blasfemias, y juramentos que desterr6? Qué de las enemistades entre personas particulares, y entre Principes, y pueblos enteros, que c6mpuso, y concert6? Qué del vs6 de orar, y comulgarse que introduxo? Qué de las penitencias, y disciplinas con que se afligian, y mostravan el dolor interior, y la gran contrición que tenian de sus pecados los que oian sus Sermones, y de aquella reformation de costumbres, y mudança de vida, tan nueva, y tan maravillosa? Vino vna vez á confesarse con San Vicente vn hombre que avia cometido vn gravissimo, y abominable pecado, y despues de avetle oido, le mand6 hazer siete años de penitencia. Estava el hombre tan lastimado, que le pareció poca la penitencia para tan grave pecado, y dixole: O Padre mio, y pensais que con esto me podré salvar? Si hijo (dix6 el Santo) ayuna solos tres dias á pan, y agua. Llorava el peccador amargamente su culpa, y no acabava de creer que con tan pequeña penitencia podia alcançar perdon de sus pecados. Y vista su contrición, le torn6 San Vicente á dezir, que rezasse solos tres Pater nosters, y tres Ave Marias, y en acabando de dezir el primer Pater noster murió allí de puro dolor; y apareció al Santo y le dix6, que estava en la Gloria, sin aver pasado por el Purgatorio, por averle tomado Dios aquel dolor en cuenta por sus

pecados. Pues qué diré de los Hospitales, Monasterios, y casas de piedad que se edificaron por consejo, è industria deste Santissimo Varon? Qué de la muchedumbre innumerable de gente, que de pueblo en pueblo le seguia por oírle, como á Varon Apostolico, venido del Cielo, para alumbrar, y reformar el mundo? Porque verdaderamente parece que era como vn nuevo Sol del mismo mundo, que venia á alumbrarle con la luz de la Doctrina, y encenderle con el favor, y calor de su admirable vida, y para espantar á los mismos demonios; los quales veían, que San Vicente, como David con los Osos, y Leones, se tomava abraço partido con ellos, y les faceva de entre las garras, y de la garganta, las ovejas del rebaño del Señor, que ellos renian casi tragadas, y engullidas. Vi6se ser esto verdad en lo que aconteció á vn Clerigo, el qual por desesperaci6n, è otro loco respeto, encomend6 su alma al demonio, y le hizo, y le di6 cedula dello firmada de su nombre. Pero despues conociendo, y llorando su culpa, acudi6 á San Vicente, y él tom6 á su cargo el suplicar á Nuestro S. que le perdonasse, y fueron de tanta fuerza sus oraciones, que estando él predicando, el demonio delante de todos le bolvi6 la cedula del Clerigo, para que la rompiese, y él lo hizo, y tom6 al Clerigo por compañero, y se encarg6 que recogiese los niños, y los enseñasse la Doctrina Christiana, y ciertas coplas, canciones de la Passi6n de Christo, y de Nuestra Señora, para que las cantassen por las calles. Este tan raro, y tan estupendo fruto que hazia el bienaventurado San Vicente con sus Sermones nacia primeramente de la eleccion particular con que Dios Nuestro Señor le escogió por Predicador de su Evangelio, y le mād6 que le sembrasse por tantas Provincias, y tierras. Porque estando el Santo en Aviñon, en la Corte del Papa Benedicto XIII. (cuyo Confessor fue, y Maestro del Sacro Palacio) muy apretado de rezias, y peligrosas calenturas, le apareció Christo N. Señor resplandeciente, y glorioso, acompañado de muchos Angeles, y Santos, y entre ellos Santo Domingo, y San Francisco, y le assegur6, que no moriria de aquella enfermedad, y le mand6, que como singular pregonero de su Evangelio le predicasse por el mundo, y discursasse

con

con pobreza por España, y Francia enseñando à los pueblos penitencia, y enmienda de la vida: porque aunque tendria muchas contradiciones, persecuciones, y adversidades, él le daria vitoria de todos sus enemigos, y le coronaria despues que huiesse sembrado la semilla del Cielo, y recogido en sus troxes copiosas, y abundantes mieses. Y en señal de amor, y familiaridad, le toc6 el Señor blandamente el rostro con su mano. Y aun algunos dizen, que fue este toque de tanta eficacia, que le qued6 en la cara la señal de los dedos de la mano de Jesu Christo. Y el Santo animado, y alegre con esta visi6n, è incitado c6tan sublime mandato, lo puso luego en execuci6n. Desta misma eleccion manaron, como de su fuente, las otras causas del extraordinario, y maravilloso fruto, que por medio de sus Sermones obr6 el Señor; el qual, quando escogé á vno para vn oficio, le dà los talentos, y requisitos para que le pueda bien exercitar; y así di6 á San Vicente vn entendimiento despierto, vn ingenio agudo, memoria rara, doctrina singular, conocimiento, è inteligencia de la sagrada Escritura, y de las exposiciones de los sagrados Doctores admirables; la voz fuerte, blanda, sonora, y penetrante, y la acci6n en el Pulpito, que representava bié lo que dezia, y con vna divina elocuci6n de palabras, y sentencias, movia el auditorio, y le persuadia todo lo que queria.

Pero aunque estos dones naturales eran tantos, y tan grandes, no fueran tan eficaces, ni tan fructuosos, sino fueran acompañados con vna singular gracia del Señor, q̄ resplandecia admirablemente en su vida: porque andando tantos caminos como anduvo, por espacio de tantos años, no perdi6 vn punto de su Religión. Guardava al pie de la letra la Regla, y Constituciones de la Orden; y como se dize en el processo de su Canonizaci6n, no se hallarà novicio en la Orden tan cuidadoso de guardar todas sus ceremonias, y por muy ligeras que fuesen, como él. Era amigo de la santa pobreza, no tenia sino vna saya, vn escapulario, y vna capa de paño basto, ni llevaba c6sigo, sino vn Breviario, y vna Biblia: no aceptava dones, ni presentes, y quando era constreñido á aceptar algun dinero, luego lo mandava repartir á los pobres. Todo el tiempo que vivió en la Orden, jamás co-

Segunda Parte.

mi6 carne, sino por pura necesidad. Ayun6 poco menos de quarenta años cada dia, excepto los Domingos; dormia comunmente vestido sobre algunos farrimentos, y estando enfermo sobre vn pobre colchon. Desde moço se disciplinava cada noche, si se hallava con fuerzas, y quando le faltava, rogava à alguno de sus compañeros que le disciplinasse, conjurandole de parte de Jesu-Christo nuestro Señor, que no le tuviesse lastima. Andava siempre á pie, hasta que estando despues malo de vna pierna, iba à cavallo en vn jumentillo, à imitaci6n de Christo. Huía en gran manera la conversaci6n de gente seglar, sino era para edificar los con su doctrina. Era dado à la oraci6n, y contemplaci6n, en la qual era industriado, y señalado de lo que avia de predicar; y la eficacia de sus Sermones, mas procedia de la fuerza, y luz del Cielo, que no del estudio, y lecci6n de los Santos, ni de la gravedad de las sentencias, ni ornato, y copia de palabras. Por donde vna vez que avia de predicar á vn gran Principe que le deseava oír, puso mas conato que solia en estudiar los Santos, y predic6 vn doctissimo Sermon; mas no content6 tanto al Principe, como otro dia que siguiendo su oficio ordinario, se di6 mas à la oraci6n, que à la lecci6n. Y quedando maravillado el Principe, le pregunt6 la causa desta diversidad, y el Santo respondió: Señor, ayer predic6 Fray Vicente, y oy predic6 Christo. Continúo la predicaci6n con tanto fervor, y continuaci6n, que por espacio de diez y ocho años no dex6 de predicar sino quinze dias. Finalmente, la vida de San Vicente era vida Apostolica, y que movia à los oyentes mas que sus palabras, y Dios nuestro Señor (que como diximos) le avia escogido para tan alto ministerio, con algunos prodigios divinos le hazia mas admirable; y por que predicando en las plaças, y en los campos à innumerable gente grandes, y pequeños, viejos, y moços, pobres, y ricos, doctos, è indoctos, hombres, y mugeres, le oían, y percibian lo que dezia, así los que estavan lexos, como los que estavan cerca: y aun aconteció á algunos que le tenian particular devoci6n, y deseavan hallarse presentes à sus Sermones, y no podían, oírle claramente, y entenderle quando predicava, estaban algunas leguas distantes. Y predicando en su lengua Valenciana à personas de discre-

D

tes

tes naciones, y lenguas, y que no sabian fino la fuya, le entendian como si predicara en la lengua de cada vno, que es don raro, y Apostolico. Demás desto, estando predicando, fueron vistos sobre su cabeça Angeles en forma humana. Y cõ estos prodigios no es maravilla que fueren sus palabras, y sus obras tã eficaces, e'p'cia'mente, que el Señor, con otros innumerables, é insignes milgros, le hizo glorioso en vida, y en muerte, y confirmò su predicacion.

Los milagros que Nuestro Señor obrò por San Vicente, fueron tantos, que Pedro Rauzano, Frayle de su Orden, que por mādado del Maestro Geneta della, escribiò su vida en cinco libros, dize, que fueron mas de ocho cientos y sesenta, los que se facaron de solos quatro procesos, que se avian hecho en Aviñon, Tolosa, Nantes, y Napolis, sin los demás. En la Bula de su canonizacion, el Papa Pio Segundo que la despachò, por muerte de Calixto Tercero, dize estas palabras: La divina virtud hizo por èl muchos milagros, para confirmacion de su predicacion, y vida, assi por la imposicion de sus manos, como por las demás Reliquias fuyas, y tocamiento de sus vestidos, y prenieças de voticos que le hizierõ. Porque à muchos demonios echò de los cuerpos humanos, à muchos sordos restituyò el oir, y à muchos mudos el hablar; alumbrò ciegos, limpiò leprosos, refucitò muertos, y diò salud à otros que estavan afligidos cõ muchas enfermedades. Estas son palabras del Sumo Pontifice. Y siendo tantos los milagros, seria cosa larga, y fuera de mi proposito quererlos aqui referir: vno solo escriviré yo, por ser raro, y extraordinario de vn niño que refucitò medio crudo, y medio cozido, y fue desta manera.

En la Villa de Morella, cerca de Valencia, avia vn hombre honrado, virtuoso, y devotissimo de San Vicente, que tenia vna muger moça, y hermosa, y de buen linage; pero lunatica, y que à tiempos perdía el juicio, y se embravecia: quando bolvia en si, estava muy mansa, y fofegada. Fue San Vicente à predicar à Morella, y como no avia allí Convento de Santo Domingo, aquel buen hombre le rogò con grande instancia, que se dignasse entrar en su casa, y echarle su bendiciõ, y comer despues del Sermon en ella. Acetòlo el Santo, y el ma-

rido se fue con toda su familia al Sermon, dexando à su muger (que à la fazen estava sana) sola en casa con vn niño que tenia, y mandàdole que adereçasse algunos pezes, para q̃ S. Vicente comiesse. Permitiò N. S. para mayor gloria de su fiervo, y manifestacion de su gran fantidad, que la muger en aquel mismo tiempo subitamete se embraveciò con mayor furia que solia, y arremetiò al niño hijo suyo, y le matò, y hizo pedaços, y echò à cozer parte del, guardando lo demás. Quando el marido bolviò à su casa, y supo lo que avia hecho su muger, no se puede creer el sentimiento, y dolor que tuvo, y lamentandose mucho, y deshazendose en lagrimas, casi le pelava de aver cobidado à S. Vicente à su casa, pues por èl avia venido tan gran calamidad sobre ella. Mas el Santo quando entendió el caso, con vn rostro sereno, y grave dixo à su huesped, y à los demás, que se foflegassen; porque semejante caso no podia suceder, sino por hazer bien, y querer N. S. mostrar sus maravillas, en pago de las buenas obras que se hazen en su servicio. Con esto mandò traer todos los miembros, y partes del cuerpo de aquel niño, cozidas, y por cozer, y juntòlas entre si en sus lugares, y hizo esta oracion: *Jesus Hijo de Maria, salud, y Señor del mundo, que criò de nada el alma deste niño, la restituja à su cuerpo para loor, y gloria de su santo nombre.* Dixo estas palabras, y hizo la Cruz sobre el cuerpecito despedaçado, jutaronse los miembros, y vnieronse entre si, y el alma bolviò à dar vida al cuerpo q̃ estava despedaçado, y muerto, y con vn milagro tan raro, y estupendo, quedò la gente asombrada, y el mundo admirado, reconociendo la fantidad de Vicente, y glorificando al Señor, que le avia embiado para biẽ de su Iglesia, y ensalçamiento de su santo nombre. Estos milagros ablandavã los coraçones de los hombres, y los enternecian à llorar sus pecados, y à creer que era mas q̃ hombre aquel por quien Dios los obrava, y à tomar sus palabras como palabras de Dios, y obedecer à sus santos consejos, y amonestaciones, especialmente que le tenían por hombre alumbrado de Dios, é ilustrado con muchas revelaciones, y por Profeta, que con luz divina veia las cosas ausentes, como si las tuviera presentes; y las que estavan por venir, como si las tuviera delante de los ojos: y desto tenían muy

bastantes pruebas, por lo que en el mismo Pulpito le avian oido dezir.

Vna vez predicando en Zaragoza, y estando en medio del Sermon, començò à llorar amargamente, y de allí à vn poco se enxugò los ojos, y calòsy despues de averse foflegado vn poco, dixo, que en aquella hora avia espirado en Valencia su madre; y que aunque se avia entristecido por averla perdido, pero que se alegrava, porque Dios le avia revelado, que los santos Angeles avian llevado su alma al Cielosy poco despues se supo ser verdad su muerte.

Otra vez predicando en Alexandria de la Palla, que es en Lombardia, y estando presente vn moço de Sena, que se llamava Bernardino, dixo à los que se hallaron en el Sermon: Hermanos míos, vnas buenas nuevas os traigo, sabed, que en este auditorio està vn mancebo, que será gran lustre de la Orden de S. Francisco, y de toda Italia, y luz de la Iglesia; la qual primero le honrarà à èl, que à mi, y quando yo me parta de Italia, le dexaré el cargo de predicar. Este moço fue S. Bernardino de Sena; el qual tomò el habito de S. Francisco el año siguiente, y fue persona admirable en fantidad, y pulpito, y fue canonizado el año de mil y quatrocientos y cinquenta, por Nicolàs Papa Quinto deste nombre, cinco años antes que Calixto Tercero canonizasse à San Vicente.

Otra vez predicando en Barcelona, en tiempo de grandissima hambre, estando la gente muy afligida, y sin esperanza de remedio, les dixo, que se alegrassen, porque antes de la noche llegarían al puerto navios cargados de trigo, con q̃ se remediaría su necesidad, y assi fue. Y como estas le sucedieron otras cosas, con las cuales mostrò que tenia don de profecia, y entre ellas se cuenta, que al Papa Calixto Tercero, siendo moço, le profetizò que avia de ser Sumo Pontifice, y èl lo tuvo por tan cierto, que antes de serlo prometió de hazer guerra à sangre, y fuego à los Turcos en sentandose à la silla de San Pedro. A vn Frayle de la Orden de la Merced que le acompañava, le mandò bolver à su Convento, y que antes de partirse se confesasse, y por el camino no se desconfiada de alabar à Dios. Todo lo hizo el Religioso como San Vicente se lo ordenò, y llegando à las puertas de su Convento diò su espíritu al Señor, entre las ma-

nos de sus mismos Frayles que le avian fallido à recibir, y se fue al Cielo, y el Santo tuvo revelacion dello, lo contó à sus Discipulos. La misma revelacion tuvo otra vez diziendo Misa, de la muerte de su padre. Y otra de vn compañero suyo, aviendo muerto los dos en lugares muy distantes de cõde èl estava. Y el saberse esto, y ser tan notorio, y tenerle todos (como dicho es) por Varon con luz soberana ilustrado de Dios, inclinava los coraçones de los que le oian, y seguian à hazer lo que èl como ministro fuyo les predicava.

Demás desto la misma forma, y traça de su predicar era rara, y à proposito para mover el auditorio: porque demàs de la grande autoridad que tenia, como Comisario del Papa, y de la plenissima potestad para absolver qualesquiera pecados, llevaba consigo muchos Religiosos de diversas Ordenes, y Clerigos dignos de tan santa compañía, para que le ayudassen en aquel soberano ministerio, y confesassen à los pecadores que se cõvertian, y los instruyessen, y encaminassen para el Cielo; y èl guardava comunmente esta orden, y distribución en su vida. Dava à su fatigado cuerpo à la noche vn poco de reposo, y todo el resto della le gastava en estudio, oracion, y contemplacion. A la mañana iba al lugar donde avia de predicar, que comunmente era alguna gran plaça, ò campo, por la muchedumbre de la gente q̃ le estava aguardando para oirle. Allí despues de averse cõfessado, èl mismo cantava la Misa con gran solemnidad, y aparato, y organos que llevaba consigo: porque todo esto le parecia que despertava à la devociõ, y disponia, y ablandava los animos de los oyentes, para imprimir en ellos mas facilmente la Doctrina Evangelica. Acabada la Misa subia al pulpito, y predicava, no como hombre de la tierra, sino como hombre venido del Cielo. El principio de su predicacion comunmente era el que tomaron Christo N. Señor, y San Iuan Bautista en la fuya, y exortar à la penitencia. Despues dava tras algũ vicio, y pecado declarado la fealdad, y gravedad del, con tan grande encarecimiento, y sentimiento, que èl mismo se enternecia, y llorava, y hazia llorar à los demás, especialmente à los que estava tocados de aquel vicio. Y aunque no huviesse en el auditorio sino vno destes, fixava los ojos en èl, y

le estava mirando, como si á él solo hablara y leyera el corazón. Porque entre los dones admirables que este Santo tuvo de Dios, vno fue el abrirle los corazones, y descubrirle las llagas interiores, y ocultas de las personas con quien tratava, para avisarles dellas, y remediarlas. Cō esto no avia pecho tan duro, ni obstinado, que no se rindiese: especialmente, quando tratava en el pulpito de la Passion de Christo N. Redentor, ò del juyzio final, ò de las penas del infierno: porque entōces se enternecia, y encendia él mismo, de manera, que parecia que temblava, y hazia temblar á los demás. Y le aconteció alguna vez predicar del juyzio final, con tanta fuerça, y vehemencia, que muchos de los pecadores que allí estaban, se levantaron del Sermō, y se postraron en tierra, y con grandes lágrimas confessavan publicamente sus pecados, y pedian perdō dellos. Acabado el Sermon, le traian los enfermos para que los bendixiese; y él hazia la señal de la Cruz sobre ellos, y muchos sanavan. Añ adiafe á esto, que muchos de los pecadores que se convertian, y otra gente sin numero, le seguian de pueblo en pueblo para oír sus Sermones, y eran tantos, que huyo vez, que se hallarō ochenta mil, y fue necessario para que no les faltasse la comida, señalar provedores, y sobrestantes, para que se la procurassenzē iban con tan gran feryor tras él, que muchos de los que le seguian, hazian en los pueblos donde llegavā processiones muy devotas, y solenes, disciplinando se terriblemente, derramando mucha sangre en memoria de la Passion del Señor, y en satisfacion de sus pecados. Y eran tantos los disciplinantes, que avia tiēdas de disciplinas, como si fuera feria de açotes: y ellos se disciplinavan cō tanto rigor, que se hallavan en sus ropas pedaços grandes de carne. Y este espectáculo, que era muy ordinario, movia á los demás, y los dexava compungidos, y llorosos, y deseosos de imitar aquella rigurosa penitencia, ò á lo menos la enmienda de la vida. Y no solamente tenia San Vicente cuydado de enseñar, y reformar á los hombres grandes, y Letrados, sino tambien instituir, y catequizar á los niños, y simples, como se avian de fantiguar, y el Pater noster, y el Ave Maria, el Credo, y la Salve Regina, la Confession, é invocar muchas vezes el dulcissimo nombre de Jesus, y el de la Sacratissima Vir-

gen Maria nuestra Señora, y que rezando dos vezes cada dia, vna por la mañana, y otra por la tarde, y que picurassenz oír Misfa, y que la oyessen estando ayuados, por reverencia de tan alto Sacramento. Por estos caminos, y medios hizo Dios nuestro Señor, tan raro, y maravilloso fruto en el mundo, por la predicación deste nuevo Apóstol, fuyo, y santissimo Varō, y causó tan grande admiracion, y reverencia para con él en todo genero de personas, grandes, y pequeños, Ecclesiasticos, y seculares, que algunas vezes, quando avia de entrar en alguna Ciudad, se salia toda ella á recibir, y los Clerigos con sus capas, y Cruzes, y los Obispos vestidos de Pontifical, y el Magistrado con sus insignias le iban al encuentro, viniendo él en vn pobre jumentillo, con su habito humilde, y pobre: pero mas glorioso, y rico que todos los que le salian á honrar, y triunfando de la vanidad, y grandeza del mundo cō la ignominia, y abatimiento de Iesu Christo. En España, hasta los mismos Reyes de Aragon salieron algunas vezes personalmente á recibirle; y era tanta la devocion del pueblo, y el deseo que tenian todos de besarle la mano, ò el habito, ò qualquiera cosa suya, que apenas le podian defender, que no le atropellassen: y hasta los pelos del aynillo en que iba, tomavan algunos (quando otra cosa no podian) y los guardavan por reliquia. El Santo al principio por su humildad, llevava mal esta honra y se enojava, y reprehendia gravemente á los que se la hazian: mas despues viendose por la gracia de nuestro Señor libre de la vana gloria, que aquella honra pudiera engendrar en su alma, sino fuera tan humilde; y considerando, que por aquel medio la palabra de Dios se acreditava, y tenia mas fuerça para penetrar, y sanar los corazones de los que le oían, pasó por ello, y en medio de aquel aplauso, y honra popular, estava como si fuera de piedra, y no tocara á él lo que por él se hazia.

Mas con aver tenido el glorioso San Vicente tan prospero curso en la navegacion de su predicacion, no le faltaron borrascas, y contrarios vientos: porque el demonio por sí mismo, y por sus aliados, y Ministros procurava turbar la mar, y desalfossegar el Santo, para que no navegasse con tan favorables vientos. Estando vn Domingo de Ramos predicando en Murcia, á poco me-

nos de diez mil personas, se vieron venir tres cavallos por vna calle desafoderados, y muy furiosos, relinchando, y echando humo por las narizes, que iban á dar sobre la gente que oía el sermon; la qual se espantó y llena de pavor, y grima queria echar á huir; mas el Santo la detuvo, diziendoles, que hiziesen la señal de la Cruz, y aquellos demonios desaparecieran: y así fue.

Otra vez vn jumento estava paciēdo allí cerca donde el Santo predicava, è instigándole el demonio, començò á rebuznar tantas vezes, y tan fuertemente, que no podia la gente oír el Sermon: mandòle San Vicente que callasse, y el demonio quedò corrido, y obedeció.

Otra vez tomó figura de vn Hermitaño muy viejo, penitente, y venerable, y se juntó con alguna gente que acompañava, y seguia á San Vicente, diziendoles, que movido de la fama de su gran doctrina le venia á oír para aprovecharse della: fue recibido de los demás cō mucho amor, por su aspecto, y venerables canas. Quando huvo ganado las voluntades, y movido la gente cō su exemplo, que exteriormente mostrava, y fingia, començò á sembrar zizaña, y á descubrir lo que era, y á dezir, que el Maestro Fray Vicente con sus embaimientos los traia engañados, y les enseñava muchas cosas contra la Ley de Dios, y pudo tanto con sus persuasiones, que algunos simples creyendolas, se apartaron de la compañía del Santo: y passara mas adelante el daño, si la Justicia por atajarle no echara mano del falso Hermitaño, y no le encarcelara, con intento de castigarle severamente. Pero quando quisieron hazerle, y fueron á la carcel para executar el castigo, no le hallaron sino las prisiones; y refiriendo lo que avia passado á San Vicente, y diziendole como aquel Hermitaño avia desaparecido respondió él sonriendose: No tengais pena, que esse no era hombre; sino el demonio en figura de Hermitaño.

Otra vez movió el demonio á vn Superior de cierta Orden, para que, ò con embidia, ò con falso zelo se mostrasse cōtrario á la persona, y doctrina de S. Vicente: pero despues lo alumbró Dios N. S. y le abrió los ojos para conocer su error (por ventura por las oraciones del mismo Santo) y arrepentido se fue al mismo San Vicente, se echò á sus pies, y confesò lo que avia

hecho contra él, y le pidió perdon, y él cō gran mansedumbre le respondió, que ya avia muchos dias que él lo avia perdonado y que nuestro Señor tambien le avia perdonado; porque no vinirades vos (dixo) con tanto dolor de corazón, si primero Dios cō su gracia, y misericordia no os huviera ablandado. Pero avisòle, que se confessasse, y se apartasse, porque no tardaria su muerte, como no tardò, porque en despidiēdose de S. Vicente para irse á su casa, apenas avia andado dos leguas, quando diò su alma á Dios.

Otra vez incitó el demonio á vnos hombres perdidos, y desalmados, para que matassen al Santo, porque les avia quitado vna muger con quien vivian torpemente. Salieron al camino, y él los conoció, y entendió á lo que venian, y mandò á sus compañeros que se apartassen, y le dexassen á solas con ellos. Los malhechores echarō ma, no á sus espadas para matarle, y San Vicente á la suya, que era la Cruz, para defenderse, y fue tan grande su virtud, que perdieron luego las fuerças, y pasmados cō la novedad del milagro, se derribarō á sus pies, y le pidierō perdon, y enmendaron sus vidas.

Pero bolviendo al hilo de nuestra Historia, y al fruto que San Vicente hizo con su predicacion, fue tan extraordinaria la opinion, y estima que los grandes Principes tuvieron de San Vicente, que en algunos casos gravissimos que sucedieron en su tiempo, le tomaron por arbitrio, y por Iuez para determinarlos. Murió el Rey Don Martin de Aragon, el año de mil y quatrociētos y diez, y sin dexar hijo legitimo que le sucediese en aquella Corona. Ordenó en su testamento, que se diese á quien de derecho le competia. Avia muchos pretendores del Reyno, y grandes dificultades en averiguar bien la justicia de cada vno dellos. Finalmente, despues de varias disputas convinieron las Cortes de Aragon, y Valencia, y Cataluña de nombrar nueve Iuezes, tres de cada vno destes Reynos; los quales oyessen á las partes de su derecho, y despues juzgassen, y declarassen, segun Dios, y su conciencia, á quien de justicia pertenecia el Reyno, y el que ellos declarassen, fuesse tenido, y obedecido por Rey. Entre los tres que fueron nombrados por el Reyno de Valencia, fueron los dos hermanos, Bonifacio Ferrer, Prior General de la Cartuxa, y San Vicente Ferrer á quien

quien todos los demás miravan, como á tã Santo, y tan fabio, y tan amigo de Dios: y assi se dió el cargo de publicar la sententia, y declarar por Rey de aquellos Reynos al Infante de Castilla, hijo del Rey de Castilla Don Iuan el Primero, nieto de Don Pedro de Aragon, y padre del Rey Don Alonso de Nápoles, y del Rey Don Iuan de Aragon, y Navarra, y abuelo del Rey D. Fernando el Catolico de gloriosa memoria. Y el mismo San Vicente con sus palabras, y razones, persuadió á los Diputados de los Reynos, que el dicho Don Fernando era el que tenia mejor derecho, y el Principe que mas les convenia, y foflegó los albarotos, y contiendas, que en caso tã importante pudieran suceder.

En otra cosa, assi mismo mostrò S. Vicente la autoridad que tenia en estos Reynos, porque aviendo por los pecados del mundo permitido Dios nuestro Señor vna lastimosa cisma en la Iglesia, que por vn Papa tuviere tres, que se llamavan Papas, y que cada vno dellos tuviere diversos Reynos, y Provincias que los obedecian; y entendiendo San Vicente, que Don Pedro de Luna, que era vno de los tres, y se llamava Benedicto Dezimotercio, tenia mejor derecho, y era el verdadero, y legitimo Papa, acósejó al Rey Don Fernando de Aragon, que le diese la obediencia, y assi lo hizo, y lo mismo el Rey de Castilla. Pero como el derecho que cada vno de los Papas alegava en su favor, fuesse obscuro, y muy enmarañado, y dudoso, y no se pudiesse bien averiguar (aunque grandes letrados de aquel tiempo escribieron sobre ello) para acabar vna cisma tan prolixa, peligrosa, y perniciosã por la qual toda la Santa Iglesia Catolica, que es vna, y vniversal, estava dividida en tantas partes; se tomó por medio, que cada vno de los tres Papas renunciase el Sumo Pontificado, y el derecho que pretendia tener en él, y que se eligiessse vn nuevo Pontifice, como en Sede vacante, que fuesse Cabeça, y Pastor vniversal en toda la Iglesia, y ella le reconociesse por tal. Hicieron esto Gregorio Dico decimo, y Iuan Vigemotercio en el Concilio de Constancia, que eran los competidores de Benedicto Decimotercio; pero él nunca lo quiso hazer, ni ceder el derecho que dezia tener por mucho que el Emperador Sigismundo (que vino á esto de

Alemania à Perpiñan) y el Rey de Aragón Don Fernando en persona, y otros Principes, y Embaxadores se lo rogaron. Entoces San Vicente aconsejó al Rey Don Fernando que quitasse la obediencia á Benedicto por su contumacia, y rebeldia; y assi lo hizo, porque su autoridad bastó para que le diese la obediencia, y para que se la quitasse; y vacando la Sede Apostolica, el Concilio de Constancia eligió por Sumo Pontifice, y Vicario de Christo nuestro Señor á Martino Quinto, que fue excelente Pontifice: y desta manera se extinguió aquella miserable cisma, que avia afegido tantos años la Iglesia del Señor. Y puesto caso que San Vicente á los principios siguió la parte de Benedicto, que no era el verdadero Pontifice; la causa fue (como dize S. Antonio) porque el derecho era dudoso, y á San Vicente, y á otros muchos grandes Letrados, el de Benedicto les pareció mas cierto y seguro. Pero entendida la verdad, y vista la obstinacion, y dureza de Benedicto, el Santo le dexó, y aconsejó á los Reyes de Castilla, y Aragon, que dexassen su obediencia, y se llegassen al Concilio de Constancia, y tuviessen por verdadero Sumo Pontifice al que en él canonicamente fuesse elegido como se hizo. En el mismo Concilio de Constancia hubo antes de la eleccion de Martino Quinto grandes disputas, y debates sobre ciertas cosas muy importantes, y dificultosas, y no pudiendose averiguar lo q̄ en ellas se avia de hazer, por ser muchos, y cõtrarios los pareceres; determinó el Concilio de consultarlas cõ S. Vicente, que á la façon predicava en Borgoña, y para esto se embió á Pedro Anibaldo, Cardenal de Sã Angel, acõpañado de dos Teologos, y otros dos Canonistas para saber del Santo lo q̄ le parecia q̄ se devia hazer. El como humilde se corrió de tan solene embaxada, y de q̄ el Concilio no le huviesse mandado llamar, y resolvió con la luz que tenia del Cielo, lo que se le propuso, y con gran facilidad demararõ las dificultades, q̄ tantos, y tan doctos Letrados, cõ ciencia, y prudencia humana, no avia podido entender, y declarar. Tãta era la opiniõ de la santidad, y sabiduria, que todos tenian deste Varõ Apostolico, á quien acudian en sus dudas, como á oraculo y boca de Dios. Este mismo respecto le tuvieron los otros Reyes, y Principes, assi Ecclesiasticos, como seglares. El Emperador

Sigismundo, el Rey de Inglaterra que le embió á llamar, y hasta el Rey de Granada con ser Moro, le embió á combidar para que fuesse á predicar á su Reyno, y él lo hizo. Y los mismos Padres le miravan, y respetavan, como á hombre mas divino q̄ humano, y tomavan sus consejos, y aceptavan sus amonestaciones, y aun reprehensiones, sin enojarse por ellas. Porque aunque las dava con grande libertad, y espíritu; pero iban acompañadas con tan grande humildad, modestia, y comedimiento, que se echavan bien de vér, que solo el zelo de la gloria de Dios le movia, y que en sus reprehensiones no tenia otro blanco, sino el bien de los mismos á quien reprehendia.

Pero que maravilla es, que los hombres de la tierra honrasen con tan illustres testimonios á San Vicente, pues los Santos del Cielo tanto le alabaron, y ensalzaron? Porque estando vna vez en la Villa de Cervera de Cataluña echado en su pobre camilla, le apareció vna noche el Padre Santo Domingo, vestido de vna maravillosa claridad, y le dixo quien era, y que Dios le avia embiado para avisarle, que perseverasse hasta el fin en lo que avia comenzado, porque delante del acatamiento del Señor valian mucho sus obras, y que era digno de reposar en el Cielo con el mismo Santo Domingo, porque le parecia mucho, no solo en traer el mismo habito, y en ser Doctor, y Predicador de la doctrina Evangelica, embiado por Iesu Christo, y en ser virgen, como él lo avia sido, sino tambien por serle semejante en todas las buenas costumbres, y obras, como buen hijo, y vivo retrato de su padre. Pero que en vna sola cosa le hazia gran ventaja, que él era el tronco, y la raiz de la Orden de los Predicadores, y San Vicente vna flor, dõ rama della. Luego que San Vicente conoció á su Santo Padre, se derribó á sus pies, y se los quiso besar; mas Santo Domingo no lo consintió, antes queria echarse en la misma camilla en que su hijo estava para mostrarle mas amor, y familiaridad. Estas platicas que los dos Santos tuvieron entre sí oyeron los compañeros de San Vicente, y vieron la claridad con que resplandecia la celda, y despues se lo dixeron al mismo Santo, conjurandole por reverencia de Dios, que les declarasse todo lo que avia pasado; y él, aunque al principio procuró encubrirlo, á

la fin les descubrió la verdad, rogandoles que lo callassen, y tuviesse secreto.

Desta manera regaló Dios á San Vicente, y le hizo glorioso en el Cielo, y en la tierra, porque era humildissimo; y el Señor levanta á los humildes, y tanto mas, quanto ellos mas se humillan, y menos precian. Pues quien podrá explicar la profundissima humildad que tuvo este siervo del Señor; y como estava tan dentro de sí, y en la consideracion de su propia vileza, y nada, que ni la honra le levantava, ni el aplauso, y alabanza de los hombres le desvanecian, ni las maravillas que Dios obrava por él eran parte para engendrar en su animo vn pelo, ni repunta de vanidad, sino mayor luz de la bondad, y misericordia del Señor, que le avia tomado por instrumento, y mayor confusion, y empacho suyo, pareciendole que no correspondia con el debido agradecimiento á tan inmensa liberalidad. Quiso el Papa hazerle Obispo de Lerida, y Arçobispo de Valencia, y Cardenal, y no huvo remedio con él para que aceptasse las dignidades que le ofrecia; porque por su humildad se tenia por indigno, y estimava mas ayudar á salir vn alma de pecado, q̄ todas las grandezas del mundo; y le parecia que tan honrosos cargos serian para él vnas como cadenas, y grillos dorados, que le tendrian atado, y preso en la Corte, y le estorvarian el andar predicando el Evangelio pobremente, como Dios se lo avia mandado.

Tambien mostrava su humildad en otras dos cosas: La vna, que teniendo plenissima potestad de los Sumos Pontifices para estar y para predicar en qualquier lugar de toda la Christiandad que quisiesse, en llegando á qualquiera pueblo donde avia Convento de su Orden, se iba á posar en él, y á presentarse al Prior, y á darle la obediencia, como si fuera su subdito. La otra, que nunca predicava sin tomar primero la bendicion, y licencia del Obispo, en cuya Diocesi de nuevo entrava, guardando á los Prelados el respeto que se les debe, como á sucesores de los Apostoles del Señor. Pues què dirè de las otras admirables, y excelentissimas virtudes cõ que Dios nuestro Señor adornó, hermoseó, y enriqueció el alma deste glorioso Confessor? Què de su paciencia en las enfermedades? Què de la perseverancia, y fortaleza en los trabajos?

Qué de la mansedumbre en las injurias? Qué de la ternura, y compasión para con los pobres? Qué de la severidad, y libertad para con los ricos, y poderosos? Qué de la benignidad, y suavidad para con todos? Qué del rigor, y severidad para consigo? Qué de la pureza virginal de su bendita alma, y cuerpo? Qué de su oración continua, y fervorosa? Qué de la mortificación perfecta de todos sus apetitos, y sentidos? Qué de aquella sed insaciable del bien de las almas, y zelo tá encendido, y fervoroso de la gloria del Señor? Mucho avia que dezir de cada vna destas virtudes, y se podría escribir vn libro; pero dexemollas, y vengamos á su dichoso tránsito, y bienaventurado fin.

Aviendo, pues, este Predicador divino sembrado la semilla del Cielo en tantas, y tan diversas Provincias, y Reynos, y regado la tierra con las corrientes de sus copiosas, y saludables aguas; fue á vna Provincia de Francia, que llaman la Menor Bretaña, para ilustrarla con sus rayos, como avia hecho á las demás. Allí estuvo dos años cultivando toda aquella Provincia, y arrancando della las espinas, y malas yerbas de vicios, y plantando como buen Hortelano las virtudes. Hállavase ya muy viejo, y cansado de los muchos, y tantos trabajos de tantos años, y debilitado con sus continuos ayunos, y penitencias, y no por esto dexava de ayunar, y predicar; y era cosa maravillosa ver que antes que subiese al Pulpito, apenas por su flaqueza se podía mover, y en subiendo, y comenzando á predicar, lo hazia con tanta fuerza, como quando era moço. Aconsejaronle, y rogaronle mucho sus compañeros, que se bolviessse á morir á Valencia, y como el Santo era benigno, y suave de condicion, condescendió con ellos; y porque no huviesse ruido, ni estorvo, se partió de noche de la Ciudad de Nantes (otros dicen Váñez) donde estava, y tomó su camino para España con sus compañeros. A la mañana quando pensó aver andado algunas leguas, se halló á la puerta de la misma Ciudad, y entendió que el Señor queria llevarle presto para sí, y que muriesse en aquella Ciudad; y así lo dixo á los que le acompañavan, y que no se fobia resistir, sino obedecer en todo á su santissima voluntad. Entró en la Ciudad con gran regocijo, y fiesta de todos, y al cabo de po-

cos dias le dió vna calentura muy recia; y aunque él estava tan aparejado, y toda su vida avia sido vna continua meditacion de la muerte, todavia se confesó generalmente con vn Frayle de su Orden, y recibió la Indulgencia plenissima, que el Sumo Pontífice Martino V. para aquella hora avia concedido. Despues aviendo cumplido cō el Obispo, y Magistrado, y gente principal de la Ciudad, que con gran sentimiento avia venido á visitarle, y encargádoles que se acordassen, y guardassen fielmente lo que él en aquellos dos postreros años les avia enseñado; porque haziendolo así, él desde el Cielo les ayudaria con sus oraciones, y Dios los favoreceria. Mandó que cerrassen las puertas, para que los muchachos que venian á tomar su bendicion, no interrumpiesen su oracion, ni turbassen la paz, y quietud de su alma: porque queria gastar aquellos vltimos dias de su enfermedad en regalarle, y entretenerse con su Amado; y así lo hazia, estando aborto, y como arrojado en la contemplacion del sumo bien, y anhelando á aquella Patria, para la qual él avia examinado con tan acelerado passo á tan grandes jornadas.

Finalmente, aviendo recibido con maravillosa devocion, y abundancia de lagrimas los Santos Sacramentos, y mandado leer la sacratissima Passion de nuestro Redentor, como la escriben los quatro Evangelistas, y recitar los siete Psálmos, y la Letania; luego en acabando la Letania, cō vn jubilo de su bendita alma, y alegría exterior mas que humana, juntando, y alzando las manos, y ojos al Cielo dió su espíritu al que para tanta gloria suya le avia criado, vn Miercoles antes del Domingo de Ramos, del año del Señor de mil quatrocientos y diez y ocho, segun la comun opinion, y segun la verdad, del año de mil quatrocientos y diez y nueve, como lo dice Martin de Alparil, Autor del mismo tiempo, y que comunicó, y conversó al santo Varon. Y vese que no pudo ser la muerte de San Vicente el año de mil quatrocientos y diez y ocho (como se dize) porq̄ aquel año la Pascua de Resurreccion cayó en el mes de Março, segun el computo Eclesiastico; y el Santo murió doze dias antes de Pascua á los cinco de Abril, como lo notó el Padre Maestro Fray Iustiano

*Surit.
lib. 12. de
sus Ana-
les ca. 37.*

niano Antiste en la vida que escribió de San Vicente, y el Cardenal Baronio en las Anotaciones del Martyrologio Romano á 5. de Abril. El cuerpo deste glorioso Santo (por no aver allí á la saçon Convento de Santo Domingo) fue enterrado en la Iglesia mayor de la misma Ciudad de Nâtes, estando el Duque de Bretaña D. Iuan, y otros muchos señores, y Principes presentes, y concurriendo de toda aquella Ciudad, y comarca tanta gente para ver, y reverenciar el sagrado cuerpo, que por espacio de tres dias no se pudo sepultar, derramando de sí vna fragancia admirable, y olor suavissimo; y despues de muerto hizo Dios tantos, y tan grandes milagros por intercession del Santo, como los avia hecho siendo vivo. Y la Duquesa de Bretaña, hija del Rey de Francia, y devotissima suya, y que le avia asistido, y servido en su enfermedad con extraordinario cuidado, y diligencia, aviendo lavado el santo cuerpo (como allí es costumbre) guardó el agua con que le avian lavado, por vna preciosa reliquia: la qual agua no se corrompió, ni tuvo mal olor, antes dava de sí muy buen olor, y dió salud á muchos enfermos que la bebiéron, hasta que se consumió, ó exaló en el mismo vaso donde estava: y el colchon en que este glorioso Santo estuvo enfermo, y murió, sanó más de quatrocientos enfermos de calenturas, y otras diversas enfermedades, echándose con devocion sobre él. Y en Mallorca escriben, que ay vna capilla de su habito, que llevó el Santo quando navegó á aquella Isla, la qual con solo rocarla echa á los demonios de los cuerpos, y libra muchas mugeres de partos peligrosos, y á enfermos de varias dolencias. Murió de setenta y cinco años, segun Geonymo de Zurita, y segun el P. Fray Vicente Iustiniano Antista, de setenta y ocho, segun el Padre Fray Francisco Diago, de solos setenta: porque este Padre dize, que nació San Vicente el año de mil trecientos, y quarenta, y cada vno trae sus razones para probar su opinion. El Papa Pio II. en la Bula de su Canonizacion, dize, que murió de mas de setenta años: *Septuagesimum etatis annum transcendens.* Pero esto de la edad haze poco al caso para lo que yo pretendo. Escrivieron su vida Pedro Rauzano, Palermitano Obispo, y Frayle de su Orden, y casi de su mismo tie-

Segunda Parte.

po, en cinco libros; San Antonio, Juan Antonio Flaminio Leandro, y Silio Casfeta, General de su Orden; el Padre Fray Vicente Iustiniano, el Padre Fray Iuan de Marieta, y vltimamente el Padre Fray Francisco Diago, todos Frayles de la Orden de Santo Domingo, y hazen mencion del el Martyrologio Romano, y el Cardenal Baronio en sus Anotaciones, y el Papa Pio II. en su Cosmografía, lib. 2. cap. 58.

*LA VIDA DE SANTA CASILDA,
Virgen.*

Maravilloso es Dios Nuestro Señor A 9. DE en sus obras, y especialmente en los ABRIL. modos que toma para salvar las almas, y en el pagar qualquiera cosa buena que se haze; porque no quiere (si así se puede dezir) deber nada á nadie, siendo todo lo bueno suyo, y por esto siendole todos deudores. Vese esto en la Santa Virgen Casilda que conser Mora, y hija de vn Rey Moro, se convirtió á nuestra santa Fé, y se hizo Christiana por vn modo extraño, pagandole Dios vna obra que hizo moralmente buena. Era Rey de Toledo Aldemno, Moro de nacion, y secta, y gran enemigo de los Christianos; hizoles cruda guerra, destruyó sus tierras, cautivó á muchos, echólos en sus carceles, y mazmorras cerca de su Palacio, y tenialos ahrojados, y apretados, matandolos de hambre, y afligiendolos sobremanera. Tenia este Rey vna hija doncella llamada Casilda, muy compasiva, y naturalmente piadosa; la qual sabiendo la desventura, y duro cantiverio que estavan, y la necesidad, y hambre que padecian aquellos pobres Christianos que allí estavan, movida de su natural compasion allegava algunos penes, y otras cosas de comer, y ella misma secretamente se los llevaba, para que tuviesen en aquella miseria algun refrigerio, y sustento. No pudo hazer esto Casilda con tanto secreto, que alguna vez no fuesse vista, y no viniessse á noticia de su padre, el qual concibió grande enojo contra su hija; pero antes de castigarla quiso averiguar la verdad, y él mismo por sus ojos ver lo que avia oído dezir della. Azechóla vn dia, y viendola recegia su falta, fue á ella, y preguntandole con gran

E de